

(1995)

p. 898

2 Psicología

Naturaleza y dimensiones de la identidad personal

PEEn el sentido literal de *similitud absoluta*, la identidad personal (*yo soy yo*) no existe. La identidad interpersonal (*yo soy otro*) *tampoco* existe, ni siquiera en el caso de gemelos idénticos. La identidad colectiva también es imposible, ya que los miembros de un *nosotros* son, a lo sumo, "similares". Sin embargo, las variaciones no pueden existir sin alguna invariante estructural que permita la comparación. Por lo tanto, es importante tener en cuenta el carácter paradójico de la identidad, que se construye mediante la confrontación de la similitud y la diferencia. Era E. Erikson tuvo el mérito, hacia 1950, de introducir en las ciencias humanas una reflexión sistemática sobre la identidad - personal y social. A pesar de esta apertura, los científicos han rehuido la investigación sobre el tema, que sólo ha visto resurgir su interés desde finales de los años 70, a raíz de diversos movimientos centrados en la pérdida, búsqueda o afirmación de las identidades múltiples. La desafección por el sujeto también podría explicarse en parte por una reacción saludable contra el "yo" o "nosotros" monádico, egocéntrico o sociocéntrico. Pero no se puede callar durante mucho tiempo una noción con el pretexto de las connotaciones ideológicas, sin explicar los hechos que se pretenden transmitir de otra manera.

En un sentido restringido, la identidad personal se refiere al "sentimiento de identidad" (*idem*, *meme*), es decir, al hecho de que el individuo se percibe a sí mismo como el mismo, que sigue siendo el mismo, a lo largo del tiempo. En un sentido más amplio, puede asimilarse al "sistema de sentimientos y representaciones" por el que el sujeto se singulariza (*is dem*, *ipséité*). Mi identidad es, por tanto, lo que me hace semejante a mí mismo y diferente de los demás; es lo que me hace sentir que existo tanto en mis *caracteres* (propiedades, funciones y roles sociales) como en mis acciones *personales* (significados, valores, orientaciones). Mi identidad es aquella por la que me defino y me conozco, aquella por la que me siento aceptado y reconocido como tal por los demás. Las dimensiones de la identidad personal dependen, de hecho, en gran medida de las *ideologías de la persona que recorren* una determinada cultura.

La primera dimensión, la *continuidad*, permite al sujeto situarse tanto en el tiempo y el espacio individual como en el colectivo; en el horizonte temporal y en los territorios personales, así como en la historia y la geografía de los grupos sociales y culturales de referencia. La segunda dimensión, la *integración*, la coherencia intrasistemática, puede asimilarse a la función de la personalidad, si la definimos como la coordinación de conductas en un tiempo y espacio controlados. Pero, para que la identidad se establezca como un sistema relativamente unificado y continuo, debe plantearse inicialmente, y volver a plantearse en sus momentos sucesivos, por actos de *separación*, potenciación y afirmación, por *diferenciación* cognitiva y *oposición* afectiva. Sin esto, el individuo se aliena en la dependencia, se diluye en la asimilación a los demás. Esta tercera dimensión, asociada a las anteriores, muestra el carácter no homogéneo de la identidad, que es indisolublemente personal y social, y que supone un esfuerzo constante de diferenciación y afirmación que se ve inmediatamente limitado por la conformidad social o la pérdida de sí mismo en el otro; un esfuerzo constante de unificación, integración y armonización, que se niega inmediatamente y se renueva constantemente.

A la separación del entorno externo se añaden la *escisión*, el desdoblamiento interno, la diferenciación intrasistemática, sin la cual no es posible la mentalización. La identidad se establece así, paradójicamente, a partir de una *doble "dualización"*: la dualización "yo-otro" por separación, más allá de la unidad simbiótica primaria, y la dualización "yo-yo" por diferenciación interna (establecimiento de un espacio interno, mental, real-virtual...). Esta cuarta dimensión plantea la cuestión de los vínculos entre la unidad y la diversidad del *yo compuesto* por múltiples identidades, territorios y posesiones diversas: mi cuerpo, mi nombre, mis raíces, mis derechos y deberes, mis cargos y roles, todas las personas, animales u objetos que invierto como tantas partes de mí mismo. De esta diversidad puedo extraer enriquecimiento o alienación al reducir el ser al tener. La quinta dimensión se refiere a la *singularidad*, al sentimiento de *originalidad*. A la identidad como unidad y continuidad (parecerse a uno mismo) se añade la identidad como estructura incomparable (no parecerse a nadie más). Con la sexta dimensión, según la cual la identidad se arraiga y vive en la *acción* y la producción *de obras*, dejamos atrás una concepción puramente cognitivista de la identidad presentada como un conjunto de autorrepresentaciones separadas de las actividades prácticas. La identidad no se funde con estas prácticas, pero las orienta y les da sentido. Por el contrario, el compromiso, la acción sobre objetos y situaciones, la coacción social y la creación favorecen la afirmación, la consolidación o la transformación de la identidad. La séptima dimensión propuesta se refiere a la *positividad* de la identidad. Se establece como un valor y a través de los valores. El individuo tiende a valorarse tanto en los actos conformes como en los comportamientos originales y marginales. El mejor ejemplo es el efecto P.I.P. (*primum inter pares*) o "autoconformismo superior", según el cual cada individuo querría "afirmar que es más conforme a las normas vigentes que los demás" (J.-P. Codol). Para valorarse a sí mismo y a los ojos de los demás, cada uno

p. 899

se presenta como más cooperativo, o más competitivo o más creativo, según la norma dominante o valorada.

Estas diversas dimensiones pueden aparecer como ingredientes demasiado estáticos de una identidad ideal, más o menos moralizada, de un sujeto "completo", positivo e intachable, y donde el otro sólo intervendría como contraparte o espejo. Por el contrario, podemos pensar, con R. Sainsaulieu, que "la individualidad [es] no una entidad de partida sobre la que luego se construye el mundo social, sino el resultado del juego de relaciones socialmente inscrito en la experiencia de la lucha y el conflicto". Así pues, la identidad no es una organización puramente cognitiva, sino que surge y se desarrolla en periodos críticos, cuando la persona se implica apasionadamente en su relación con ese otro externo que le ofende, le constriñe y/o le atrae, y que es fuente de ambivalencia para ella. El conflicto es también intrapersonal, en relación con ese otro *interior*, ese "fantasma del otro que cada uno lleva dentro" (Henri Wallon). Como también dijo Emmanuel Mounier, "la constancia del yo no consiste en mantener una identidad, sino en sostener una tensión dialéctica y dominar las crisis periódicas". Entender la identidad es, por tanto, sacar a la luz los procesos que organizan su construcción histórica, su cuestionamiento, su pérdida o su reapropiación.

La génesis de la identidad

Se pueden distinguir tres fases principales en la construcción de la identidad, desde la infancia hasta la adolescencia: la individuación primaria, la identificación categórica y la identificación personalizante.

La *individuación primaria* abarca los tres primeros años, durante los cuales el niño pasa de las actividades espontáneas elementales al comportamiento organizado. Durante el primer año, aprende a construir su propio cuerpo, a captarlo como una totalidad controlable, en relación con los objetos cuya permanencia construye gradualmente. Sin embargo, este progreso va acompañado de una fuerte dependencia de los demás y de una

incapacidad para organizar una conciencia reflexiva de sí mismo. La conciencia está, por el momento, inmersa en acciones inmediatas, durante las cuales el niño experimenta una cierta impotencia para realizarlas. Es sobre todo este sentimiento de impotencia el que, durante el segundo año, empuja al niño a querer subordinar su comportamiento a reglas o modelos, mediante *la imitación*, ya sea motriz, lingüística o emocional. Sin embargo, alrededor de los 18 meses aparecen comportamientos contradictorios. El afecto, la dependencia y la identificación se alternan con reacciones de celos, posesividad y *oposición*. Las primeras señas de identidad se perfilan así a través del deseo de encontrar y mantener una distancia óptima con los demás (ni demasiado cerca ni demasiado lejos). Para reducir este conflicto, el niño se identifica con la madre que frustra y dice "no" (R. Spitz); se apropia así de su poder de rechazo y prohibición. Entre los 20 y los 30 meses, el niño realiza nuevas conquistas, en particular la capacidad de nombrarse a sí mismo y, más tarde, de decir "yo", la capacidad de realizar sustituciones, transferencias e identificaciones imaginarias en las actividades de juego, y el reconocimiento de sí mismo en el espejo. Estos avances implican la capacidad de desdoblarse, de cambiar de posición, de separar el espacio y el tiempo reales de los imaginarios. Pero el nombramiento, la ficción o el reflejo especular son el resultado y no la fuente de la capacidad de representarse a sí mismo. Es en la acción sobre y con los demás, a través de la separación pero también de la comunicación, que el niño construye su capacidad de interiorización y representación. En cualquier caso, René Zazzo ha podido demostrar que el reconocimiento especular es más tardío de lo que se cree (¡Jacques Lacan suponía que se adquiría entre los 6 y los 18 meses, durante el llamado "estadio del espejo"!)

En sus experimentos con gemelos idénticos, Zazzo también destacó el hecho de que la imagen del *gemelo* (el otro gemelo) dificulta el desarrollo del *dobles mental* y el reconocimiento del *dobles especular* (el "yo" en el espejo). Se dice que la situación gemelar tiene una "función de espejo paralizante": "la imagen de sí mismo requiere, para formarse, una imagen del otro que se le contraponga, que sea diferente". La identificación con uno mismo deriva de la identificación con los demás y no de la captación visual de la totalidad del cuerpo. Podemos evocar aquí las divergencias que oponen a los psicoanalistas sobre la aparición del narcisismo primario. Según algunos (Lacan), la apropiación especular de la imagen del propio cuerpo sería el motor de la omnipotencia narcisista; según otros (D. Lagache, D. W. Winnicott...), la omnipotencia estaría ligada a la percepción del rostro de la madre y a sus actos de seducción. Esta segunda hipótesis parece más satisfactoria: el reflejo especular no crea ni la representación mental del yo, ni su investidura afectiva; lo contrario es indudable.

A partir del tercer año, el niño experimenta importantes transformaciones. Su progreso lingüístico e intelectual y la ampliación de sus relaciones con los demás le llevan a salir de los procesos de dualización y a alcanzar categorías cognitivas y sociales. El progreso del pensamiento operativo le permite construir, entre otras cosas, sus "identidades sociales", a través del juego de la *comparación social* (Festinger), la puesta en evidencia de las similitudes y las diferencias. En este sentido, el proceso edípico es un buen ejemplo de confusión categórica (sexos y generaciones) que requiere ser aclarada y superada en favor de una identificación con el progenitor del mismo sexo, seguida posteriormente por una identificación con los pares. Pero la identificación categórica y la conformidad con el grupo corren el riesgo de reducir al sujeto a sus identidades sociales, encerrándolo en roles y expectativas definidos fuera de él. Sólo la aparición del deseo de crear permite al niño evitar la alienación en una personalidad social. El individuo siente la necesidad de *incomparabilidad social* (Lemaigne), el deseo de ser "auténticamente" él mismo (¿pero se puede separar un verdadero yo de un falso yo, como hace Winnicott?)

Las mutaciones puberales, el progreso de la inteligencia formal y la "globalización de los intereses" provocan una verdadera mutación de los sistemas de orientación y de valores en la adolescencia, que puede desembocar en una crisis de identidad. El sujeto ya no asume sus identificaciones de la infancia ni su conformidad con las normas y modelos familiares o escolares. Entonces busca reforzar o recuperar su identidad mediante la exaltación, la afirmación perentoria de opiniones y la rigidez de actitudes. Al organizar las posibilidades, *al identificarse con proyectos*, estructurados o no como proyectos de vida o ideales del ego, el adolescente puede escapar de la dependencia y de la fascinación

narcisista, de la conformidad con el grupo o de la contestación egocéntrica. Pero la identificación con el proyecto puede volverse a su vez alienante, si encierra al sujeto en nuevas rigideces y si las aspiraciones están demasiado disociadas de las acciones y situaciones presentes. Sólo la cooperación y la vigilancia crítica permiten situar el proyecto en el realismo de las interacciones y la dinámica de los logros.

La identización es, de hecho, una búsqueda continua e ilusoria, pero necesaria -y de por vida-. Esta es la paradoja de la identidad: el "yo" sólo puede ser a través de la mediación del deseo de convertirse en "otro", para llenar un vacío. Este otro -el ideal del yo a su vez unido- se proyectará en otro proyecto, y esto en una remisión sin fin, buscando desafiar a la muerte incluso por obras. La identidad no es un estado o una posesión; sólo se capta en crisis y se mantiene tomando (haciéndose cargo, asumiendo una posición, un papel o una palabra...); se apoya constantemente en nuevas identificaciones. La identización es la historia de la cabalgata de identificaciones que, como tantas ilusiones, siempre hay que descartar para poder realizarlas, lo que a veces provoca esas disfunciones que llamamos trastornos de la identidad.

PIERRE TAP

Bibliographie

Psychologie

- J. CAIN, *Le Double Jeu. Essai psychanalytique sur l'identité*, Payot, Paris, 1977 / J.-P. CODOL, *Semblables et différents. Recherches sur la quête de similitude et de différenciation sociales*, thèse, univ. de Provence, 1979 / E. H. ERIKSON, *Identity, Youth and Crisis*, Norton, New York, 1968 (*Adolescence et crise : la quête d'identité*, Flammarion, 1972) / H. KOHUT, *The Analysis of the Self*, Intern. Univ. Press, New York, 1971 (*Le Soi*, trad. M. A. Lussier, P.U.F., Paris, 1974) / R. L'ÉCUYER, *Le Concept de soi*, P.U.F., 1975 / P. MALRIEU, « Genèse des conduites d'identité », in P. Tap dir., *Identité individuelle et personnalisation*, Privat, Toulouse, 1980 ; « Identité : des notions au concept », in *La Pensée*, n° 226, 1982 / J. PIAGET, H. SINCLAIR & T. VINH-BANG, *Épistémologie et psychologie de l'identité*, P.U.F., 1968 / J.-B. PONTALIS, « Naissance et reconnaissance du self », in *Psychologie de la connaissance de soi*, p. 271, Colloque A.P.S.L.F., P.U.F., 1975 / H. RODRIGUEZ-TOME, *Le Moi et l'autre dans la conscience de l'adolescent*, Delachaux et Niestlé, Paris, 1972 / R. SAINSAULIEU, *L'Identité au travail*, Presses Fond. nat. Sc. pol., Paris, 1977 ; « L'identité et les relations de travail », in P. Tap dir., *Identités collectives et changements sociaux*, Privat, 1980 / H. WALLON, « Le Rôle de l'autre dans la conscience du moi », in *Enfance* (Psychologie et éducation de l'enfance), 1959 ; « Niveaux et fluctuations du Moi », in *Enfance* (Buts et méthodes de la psychologie), n° 1-2, 1962 / D. W. WINNICOTT, *Playing and Reality*, Tavistock, Londres, 1971 (*Jeu et réalité, l'espace potentiel*, Gallimard, Paris, 1975) / R. ZAZZO, « La Genèse de la conscience de soi », in *Psychologie de la connaissance de soi*, Symposium A.P.S.L.F., P.U.F., 1975 ; « Les Dialectiques originelles de l'identité », in P. Tap dir., *Identité individuelle et personnalisation*, Privat, 1980.